

oscureciendo completamente el sol, los huracanes levantando como montañas las aguas de los mares, mientras tronaban los polos y surcaban la atmósfera por todas partes relámpagos incesantes:

O terque quaterque beati
Quis aute ora patrum Troje sub mœnibus altis
Contigit oppetere!

¡Oh! una y mil veces afortunados aquellos de mis compañeros á quienes cupo morir gloriosamente en los campos de Milingo! Y así lo repetía sin duda, cuando uno de sus más íntimos y constantes amigos y admiradores, y como él insigne escritor, en la poesía que después de su muerte consagró á su memoria, exclama:

Porqué entonces también tú no caíste
Entre tantos valientes que murieron?
¡Porqué á la negra tumba no seguiste
A los que más que tú felices fueron?

Al menos allí hubieras perecido
Con gloria, como noble y esforzado,
Puesta la frente en tu cañón querido,
Cubierto con tu capa de soldado.

Mas no, que su misión cumplir debía,
Y después de una vida amarga, inquieta,
Descender á una tumba oscura y fría
Con coronas de artista y de poeta!

III

Restituido Batres á su patria, se entregó con más fervor que nunca á su pasión favorita, que era la lectura, con la

que se mantenía embelesado hasta altas horas de la noche. Le consumía una sed insaciable de saber, y desgraciadamente, en esa época no abundaban en Guatemala los maestros que él anhelaba y los libros que constituían su ilusión. El espíritu que había cerrado la colonia al contacto comercial é intelectual del resto del mundo, seguía, por el imperio de la tradición y de la costumbre, ejerciendo su funesta influencia. Teníase como cosa poco menos que extraordinaria que alguno poseyese un idioma extranjero, ó que estuviese al corriente de lo que contenían las obras científicas y literarias que había producido el movimiento y adelanto del siglo, saliendo de la estrecha y trillada senda abierta por la rutina. Y sin embargo, aunque luchando con un sin número de dificultades, Batres además de estar perfectamente instruido en las matemáticas y en la táctica militar, hablaba el francés casi como su propio idioma, al extremo de que los franceses que le oían quedaran asombrados de la pureza de su pronunciación, de lo natural de su acento y de la facilidad con que empleaba las palabras y los giros más difíciles del idioma, pareciéndoles increíble que sin haber pasado en Francia muchos años pudiera hablarlo con tanta perfección. Traducía y escribía muy bien el inglés y el italiano, como lo acreditan algunas reminiscencias de Byron y de Casti, por los que tenía especial predilección, y no pocos puntos de contacto con el primero, hasta en el doble culto de Minerva, diosa de la sabiduría y también de los combates. Yo he tenido en mis manos los borradores de sus poesías y los cuadernos de sus extractos, y no he podido menos de sorprenderme al encontrar correctas copias de escenas enteras de las tragedias de Shakespeare, canciones de Petrarca y de Metastasio, cantos de Byron, versiones de novelas inglesas, de fábulas y madrigales de diversos poetas italianos, traducciones de Voltaire, y de muchos otros escritores franceses, y traducciones no concluidas de Ovidio y de Horacio, al lado de algunas de las joyas de la poesía castellana y mezcladas con las composiciones originales del autor. Llegó á

conocer á fondo la historia antigua y moderna, cuyo estudio le encantaba: había estudiado la literatura española así en sus orígenes como en los escritores del siglo de oro y en los de la edad moderna; y examinaba con afán nuestras crónicas, leyendas y tradiciones, afición que transmitió á su amigo D. José Milla y Vidaurre, y de la que supieron sacar tan buen partido éste en sus novelas y aquél en sus poemas. De esa afición se encargó de dar noticia el mismo Batres en los versos que siguen:

Es un gusto aprender en los autores
Que tratan de las ciencias naturales,
Porqué de las semillas nacen flores,
Cómo hacen para andar los animales,
Para qué fin hay rayos y temblores,
O de qué se componen los metales:
Cosas que cada día estoy leyendo,
Que siempre admiro y que jamás entiendo.

Y en los libros que tratan del gobierno,
Del código ateniense, del romano,
Del régimen antiguo, del moderno,
Monárquico, feudal, republicano:
Cuándo debe un congreso ser eterno,
Cómo se erige un déspota en tirano,
Qué se entiende por *Ley de garantías*,
Y porqué se ha de hollar todos los días.

Mas aquellos que tratan de la historia
A cualquiera lectura los prefiero,
Sólo por ir grabando en mi memoria
Tanto nombre de rey, tanto guerrero,
Tanta revolución, tanta victoria,
Tanto ministro en busca de dinero,

Tantas fechas en fin, amontonadas,
Por kalendas, hegiras, olimpiadas.

A las crónicas soy aticionado,
A las de Guatemala sobre todo,
Y he gran copia de ellas registrado
Del frontispicio al último recodo.
Ni sólo el Juarros leo con agrado,
Que también me deleitan á su modo
Ximénez, Vázquez, Remesal, Castillo,
Fuentes, y algunos más, cuando los pillo.

Cómo hizo Batres para acumular ese caudal de conocimientos que aun en nuestros días son tan poco comunes? Trabajó con perseverancia y fe, convencido de que los resultados habían de corresponder á la eficacia de sus esfuerzos. Residió algunos años en la Antigua Guatemala, en la casa de sus padres situada frente á la arruinada iglesia de San Agustín, por haber tenido que trasladarse su familia á esa ciudad con motivo de los descalabros que en su modesta fortuna habían ocasionado hechos á que dieron lugar los sucesos políticos de 1829. Allá, en la tristeza é imponente soledad de aquellas ruinas y en medio de la magnificencia de aquella naturaleza, debió de avivarse su inspiración, producir composiciones tan bellas como la escrita al Volcán de Agua, y recoger una multitud de datos y de tradiciones históricas para argumento y adorno de los poemas que más adelante había de dar á luz. Establecido de nuevo en la capital con su familia, se mantenía siempre á caza de los libros nuevos que llegaban á poder de sus amigos. Las obras de importancia estaban tan poco generalizadas que Batres parecía loco de placer cuando llegó á adquirir la famosa Enciclopedia Británica. La trajo á Guatemala el eminente educador y notable literato y matemático D. Manuel Domínguez; y después de pasar á otras manos, vino á parar á las de Batres. La leyó y la estudió detenidamente,

y la llenó de notas marginales de las observaciones que le sugería su lectura. De tanta significación eran éstas, sobre todo en la parte relativa á su profesión, que D. Santiago Barberena, cuyos conocimientos en las ciencias exactas fueron tan notables, y que después del fallecimiento de Batres compró la obra citada, decía á su hermano político, el Sr. Arzú: ahora por las notas marginales de la Enciclopedia, he venido á conocer hasta dónde llegó Pepe Batres en las matemáticas. Expresiones tan honrosas de persona tan competente dan una idea de la solidez y profundidad con que Batres había hecho sus estudios. Ocupábale una parte del tiempo su diaria visita á la tienda de Jourdan y Compañía, que llamaban de los franceses, situada en el local donde está hoy el salón de recepciones del palacio del Gobierno, y á la que lo mismo que él, y con el objeto de ejercitarse en la conversación francesa, concurrían asiduamente D. Manuel Palomo y Doña Josefa García Granados, la despreocupada y cáustica poetisa que armada con los acerados versos de su terrible y penetrante sátira, no temía las iras del poder ni el encono de los más acreditados ingenios contra ella conjurados. Con el mismo fin de instruirse y adelantar en todo, frecuentaba el trato del Sr. Vinchon de Quemont y la conversación de D. Miguel García Granados, con quien tuvo siempre íntima amistad; repasaba el canto y la música con su hermana Encarnación, que fué distinguida pianista y con la misma Doña Josefa García Granados, complaciéndose también en dedicar algunas horas á enseñar á las hijas de la poetisa la guitarra que tocaba él como ninguno, y el francés que dominaba ya como verdadero maestro; y en leerles, dando á lo que leía toda su entonación, todo su valor y todo su encanto, piezas escogidas, en prosa y en verso, de las mejores plumas españolas.

Durante esos años escribió también por vía de pasatiempo á que él no daba ninguna importancia, algunas poesías. Era siempre el primero y más afectuoso amigo de todos los extranjeros que venían á Guatemala, y muy especialmente de aquellos que tenían alguna ilustración y conociemien-

tos especiales, científicos ó literarios. Como abeja que de cada flor va tomando algo de su jugo para hacerlo suyo y fabricar después los ricos panales de su miel, aprovechaba siempre cuanto sabían los demás, se lo apropiaba, lo perfeccionaba, y nutría así su talento para producir luego esas poesías admirables que son el encanto de todos los lectores. Con los unos practicaba el francés, el inglés ó el italiano: con los otros departía sobre temas de literatura, les comunicaba sus ideas y consultaba sus opiniones: con éstos se informaba de la corriente intelectual de los pueblos cultos de donde procedían: con los otros adquiría nociones de libros, asuntos y descubrimientos que no habían llegado todavía á noticia de los hombres de nuestra República. Así fué como cultivó relaciones de estrecha amistad con D. Francisco Pineda, distinguido actor español que á la posesión de su difícil arte reunía talento despejado y alguna ilustración. Así fué también como se formó en los últimos años de su vida, su intimidad con D. Dionisio Alcalá Galiano, hijo del célebre D. Antonio del mismo apellido. Este joven español, tan inteligente como ilustrado, fué siempre durante el tiempo que permaneció en Guatemala justo apreciador del talento y conocimientos de Batres. Decía que en aquella época no había encontrado en Guatemala otra persona que por su ingenio y variada instrucción pudiera conversar mejor sobre materias de ciencia, de historia y de literatura: se asombraba de que sin salir de aquí, hubiese logrado Batres, en medio de una carencia casi absoluta de todos los elementos, adquirir por sí solo la suma de saber que atesoraba y que á cada paso se descubría en él sin afectación y sin esfuerzo, y aunque su modestia tratara más bien de ocultarlo, como el perfume hace descubrir el sitio sembrado de violetas que parece que quieren esconderse bajo las hojas de otras flores inodoras que pugnan por salir y por ostentarse. Como aunque realmente no pueda llamarse literato ni hombre instruido al que no conozca siquiera el francés y el inglés, estuviera aquí tan descuidado el aprendizaje de esos idiomas, admirábase

de ver la manera como Batres, además de su propia lengua, poseía el francés, el inglés y el italiano; y le sorprendía tanto más cuanto que Batres no sabía entonces el latín, que Galiano conceptuaba con razón como la llave para el aprendizaje de las lenguas vivas, y como un cimiento casi indispensable para que pueda levantarse el edificio de sólidos y verdaderos conocimientos literarios. Tanto pudo en el poeta esta observación que inmediatamente se dedicó á estudiar el latín como había aprendido la mayor parte de lo que sabía: él solo, aguijoneado por el estímulo de aprender, con la confianza que da la firmeza de propósito de perseverar en una cosa hasta alcanzar lo que se desea, y con la seguridad que tiene del triunfo aquel que consagra toda su atención y todos sus esfuerzos á obtener el resultado que desea. Al cabo de algunos meses de estudio constante, Batres que no se parecía al hijo de D. Pascual del Pescón en aquello de que

Nunca pudo pasar muy adelante
En el idioma clásico latino,
Pues por mas que estudiaba y que leía
Sólo el *famineis junges* retenía,

pudo decir que lo sabía hasta el grado de poder traducir á Tácito y á Cicerón, á Horacio y al travieso autor del Arte de amar. Testimonio de ello son la preciosa traducción que nos dejó de la oda 5.^a del libro 1.^o de Horacio, "Quis multa gracilis," y la oportunidad con que sembró de sentencias en latín, que aunque no fuera clásico, demuestran la versación en el idioma de quien con tanta propiedad y para dar lugar al equívoco las trae á cuento, aquella inimitable conversación entre D. Cornelio Peléznex del Cabral y Fray Gregorio Holgado, á propósito de la consulta que aquél fué á hacerle con motivo de lo que se murmuraba de Don Alejo y Doña Clara.

La confianza que entre Galiano y Batres se estableció fué tan grande que aquél era el amigo á quien el poeta leía en

la intimidad sus versos y á quien acerca de ellos oía y consultaba. Porque es preciso recordar que Batres fué siempre desconfiado de sí mismo y siempre modesto, no con esa modestia fingida que como la Galatea de Virgilio, después de arrojar la manzana huye y se esconde pero de manera que los que la buscan vean dónde se ha escondido, y que pide menos de lo que cree merecer para que se le otorgue mucho más de lo que realmente merece, sino con esa modestia franca é ingenua de los que realmente valen, con esa desconfianza del mérito efectivo, de la que ha dicho uno de los críticos de García Gutiérrez refiriéndose á esa cualidad que sobresalía en el eminente autor del Trovador, que no en balde se asegura que es compañera inseparable del talento, así como la presunción es señal infalible de supina necesidad.

Batres escribió siempre sólo para el círculo de sus amigos, sin dar importancia á ninguno de sus poemas, ni aún al mejor de ellos que es sin duda "El Reloj." Jamás, según él mismo lo declara con todo el candor de la verdad en la carta dedicatoria de ese poema, le había pasado por la cabeza la idea de ser seriamente autor de la cosa más trivial. Al contrario de lo que vemos todos los días, que se reputan por sobresalientes escritores muchos que apenas han saludado las primeras nociones de uno solo de los muchos ramos que para serlo es necesario profundizar, Batres, que como Manzoni pudiera decir de su poesía "Che forse non morra," creía que era un simple traductor, y á lo más un versificador y no un poeta; y sólo los incesantes y afectuosos apremios de Alcalá Galiano á quien había leído algunas de las primeras estrofas de "El Reloj," le decidieron á continuarlo y á que se publicara, dedicado como él dice, por vía de pena, al amigo que tanto empeño había tenido y que tan solícito se mostraba. Y es que como al poeta no le costaba ningún esfuerzo, pensaba que nada había hecho con hacer sus preciosos poemas, sin recordar que, como lo reconoce el crítico Laharpe haciendo el juicio de Molière, uno de los caracteres del genio es producir sin ningún esfuerzo. Batres, lo mismo que Lafontaine, pensaba y decía que sus obras no

habían sido más que distracciones y pasatiempos agradables; y lo mismo que á Lafontaine pueden aplicarse á nuestro poeta aquellas palabras: Dichoso aquél que haciendo obras tan bellas, creía pasar su vida en no hacer nada!

IV

Por entonces se revelaba ya casi en toda su plenitud el carácter de Batres. Diversas circunstancias pudieron influir en ir creando en el fondo de su sér algo tan melancólico y amargo como si la hiel de un dolor permanente se hubiera regado en todas sus venas. Batres por su talento y por su ilustración se había adelantado á la época en que vivía: sus aspiraciones y sus ideas iban mucho más allá de donde llegaban las ideas y aspiraciones de la gran mayoría de las personas que constituían aquí la sociedad, y este desequilibrio había de serle fatal, como en el orden de la vida es fatal para algunos organismos la precocidad del desarrollo corporal ó intelectual que se paga con la muerte. Necesitaba de aire y de luz, de movimiento y de expansión, de estímulos y de manifestaciones de simpatía, de voces de aliento y de palabras de cariño, y en el vacío y la frialdad, la monotonía, la indiferencia y las prevenciones de nuestra vida social, se asfixiaba como el ave que se encierra bajo la campana de la máquina pneumática, languidecía y se secaba como las plantas delicadas de nuestra zona trasplantadas á las tierras del helado Norte, y moría como el que necesitado de aire vigoroso para sus pulmones se encuentra en una altura donde lo rodea una atmósfera enrarecida. Su ingenio chispeante, la agudeza y penetración de su espíritu, la amplitud de sus ideas, sus principios de justicia, de tolerancia y de libre y despreocupado examen, y hasta el mismo vigor de su concepción y la audacia de sus pasiones, todo tenía que contrastar violentamente con una sociedad meticulosa que desdeñaba lo serio para re-

crearse en la ligereza y la frivolidad, que aferrada tenazmente á los actos y memoria de lo pasado, vivía suspirando por lo que fué; y que recordando la expresión de la Biblia, de que á cada día le basta con su malicia propia, no alimentaba ningunos anhelos para lo porvenir, y aún lo presente se le antojaba desteñido y pálido ante el fulgor con que los recuerdos teñían los horizontes de lo pasado. Bien como los tesoros de que va cargado el naufrago no sirven sino para hundirle más pronto entre las olas, los tesoros de inteligencia, de chiste y de donaire con que el espíritu de Batres estaba tan abundantemente enriquecido, en el medio en el que le tocó vivir, de poco habían de valerle más que de un verdadero torcedor. Todos temían la fina ironía de su sonrisa y el chiste ingenioso de su pluma, pero nadie quería corregir los vicios, los defectos y las ridiculeces que darían pábulo á su ingeniosa y delicada sátira ni ofrecerle un campo en que su espíritu se espaciara volando por la altura á que aspiraba.

Batres no estaba en su elemento: sus contemporáneos no alcanzaron á comprender que había en él la delineación de una de esas grandes almas que en Europa se llamaron Byron, Larra, Musset, Heine y Espronceda, en cuyos quebrantos, agotamientos, dolores voluptuosos, pesimismo y amarguras, arranques y destellos, rapidez de la vida y muerte prematura parecen anunciarse todas las penalidades que habían de sufrir en esta época de transición todos los que saben sentir y todos los que saben amar.

La mitología pagana, casi siempre tan profunda y rica de observación y de sentido, y bajo cuyas alegorías se encierran tan trascendentales verdades, refiere que Prometeo robó del cielo el fuego sagrado para traerlo á la tierra y que Júpiter en castigo de su temeridad lo hizo encadenar á una de las rocas del Cáucaso donde una águila le roía las entrañas eternamente renacientes. Esa fábula con la que Esquilo compuso la famosa tragedia de Prometeo encadenado, que ha llegado hasta nosotros, es la expresión de la suerte de los hombres que se levantan sobre el nivel común